

La Iglesia debe ser de los Pobres

Entrevistamos al P. Horacio Saravia (45), responsable de la Pastoral Social de la Arquidiócesis de Córdoba, desde que asumió el Arzobispo Carlos Nañez. Horacio es el titular de la Parroquia San Jerónimo (Alto Alberdi) e integra el Instituto de Cultura Aborigen que funciona en Córdoba. Jujeño de nacimiento, más precisamente en la Quebrada de Humahuaca, a este cordobés por adopción, inquieto y movedizo, le pedimos que comience contándonos algo de su vida.

T.L.: ¿Cómo "aparecistes" en Córdoba...

H.S.: Mi historia a lo mejor en el concierto cordobés puede ser original. Pero no en el concierto de la gente que emigra del norte. Yo provengo de una comunidad aborigen que como muchas familias bajan del cerro primero a una ciudad trampolín, en nuestro caso Salta y después a una ciudad industrial que fue Córdoba, generalmente buscando mejores perspectivas de vida, frente al desamparo que sufren las comunidades aborígenes. Así llegué a Córdoba, en el tren del Norte, como llegan todos mis hermanos.

T.L.: ¿Y como viene lo de la vocación sacerdotal?

H.S.: Desde niño siempre tuve una



fuerte inclinación hacia lo religioso. Pero cuando estaba haciendo el secundario en Barrio Yofre, en el Colegio Nores, recién llegado del norte, me entusiasmé muchísimo

con los trabajos de la Parroquia San Roque, de Villa Corina, donde era catequista y de La Sallete, ubicada a la par del colegio donde hacía el secundario. Con todo ese tra-

bajo parroquial, con el que estaba muy comprometido, después decidí ingresar al Seminario.

T.L.: Yendo al nuevo rol que te han asignado en la arquidiócesis, ¿qué es para vos la Pastoral Social?

H.S.: La Pastoral Social es el espacio en el que la Iglesia quiere hacerse presente en el mundo, en todo aquello que sea realidad social. Con bases muy concretas. Un espacio basado en la doctrina social de la Iglesia y obviamente en las Sagradas Escrituras, concretamente en el Evangelio. Si habría que definir rápidamente la Pastoral Social, diría que es el espacio por el cual la Iglesia responde a la realidad social, basada en su doctrina social y en el Evangelio.

T.L.: Desde tu perspectiva, qué es lo principal que debe hacerse

desde la pastoral social: la denuncia profética, la solución política de los conflictos, la mediación...?

H.S.: De los aspectos mencionados, creo que hay que hacer de todo un poco. Tanto la denuncia profética como la resolución de los problemas sociales, políticos, económicos, son todas urgencias que la pastoral social, si quiere ser verdaderamente evangélica, no puede evitar. No puede evitar la denuncia profética porque de lo contrario estaría ausente la verdad. En una situación donde hay muchísimas injusticias, donde son evidentes las consecuencias de la injusticia, si uno está aferrado de la verdad, la denuncia profética se vuelve una consecuencia lógica. Y en relación a los conflictos generados por la actividad política, económica, yo

creo que estos no son ajenos a estas injusticias sociales. Por lo tanto las dos cosas son urgentes. Son prioritarias las dos, porque son compañeras de camino. La Pastoral Social tiene que hacer una opción por la verdad porque sin la transparencia, toda la Iglesia, no puede conseguir lo que pretende. La transparencia sólo puede lograrse con la verdad. Y con relación a la mediación, valoré una frase del Arzobispo el día que me llamó a colaborar con él en la Pastoral Social. Me dijo: "Mirá Horacio, sinceramente yo no quiero que la iglesia sea un espacio de poder, sino que sea un lugar donde se sirve. Es decir, un espacio de servicio." Él entiende que la mediación es de alguna manera ser un factor de poder. Por eso preferimos hablar de gestión.

T.L.: ¿La iglesia de Córdoba es iglesia de los pobres?

H.S.: Necesito hacer un preámbulo. En mi concepción, la iglesia siempre tiene que ser iglesia de los pobres. Porque la opción preferencial

no ha sido una voluntad de la iglesia sino un mandato de Jesús. Entonces, la iglesia de ayer, hoy y siempre tiene que ser iglesia de los pobres. Presiento que si no es iglesia de los pobres no es iglesia de Jesús. Ahora sí te contesto. Según lo que yo percibo en la propuesta del nuevo Arzobispo hay una voluntad de que la iglesia de Córdoba sea una iglesia de los pobres para poder responder a lo que Jesús ha querido de la iglesia. Esto se convierte en un desafío porque uno puede ser iglesia de los pobres por declamación pero eso sería mentir y mentirse a sí mismo.

T.L.: Qué significaría para vos ser iglesia de los pobres?

H.S.: Ser voz de los pobres. Más me gusta decir que ellos mismos hablen, acompañados de nosotros. Es un marchar solidario con los pobres y sentir en carne propia, en la carne de la iglesia, el dolor de los pobres, la esperanza de los pobres. Creo que cuando la iglesia logre sentir en sí misma todas las expectativas del pueblo pobre, allí será iglesia de los pobres. Y ojalá que nuestra iglesia de Córdoba logre serlo.

T.L.: La gente agobiada por sus problemas recurre a la iglesia buscando atención de la pastoral social. ¿Cómo caracterizás la actual situación social en Córdoba?

H.S.: Córdoba es un eco nativo de la globalización. Y el proceso de globalización es un proceso que ha producido excluidos. Los pobres son los excluidos. Mucha gente ha quedado excluida de las posibilidades y oportunidades que brinda una sociedad. Entonces no le que más que ir a golpear las puertas de la Iglesia. El pueblo pobre ha demostrado mil veces que la esperanza es lo último que se pierde, como dice el refrán popular. Encuentran en la iglesia una posibilidad para su esperanza. ¡Y bendito sea Dios que la encuentren! Ojalá que nosotros siempre estemos dispuestos a ayudar.



T.L.: ¿Significa esto que hay un abandono de sus funciones por parte del estado, de los sectores políticos que debieran garantizar el bien común?

H.S.: La democracia de Argentina y de Córdoba sufre el mal de las democracias según se han ido desarrollando históricamente. El fuerte corporativismo, la absolutización del partidismo. Así sucede que cuando un partido llega a ser gobierno lo más probable es que no se haya enajenado del corporativismo y por lo tanto haga primar los intereses partidarios a los intereses del bien común. Tanto los gobiernos radicales como los peronistas han conformado un estado más bien corporativo y eso los hace insensibles al dolor del pueblo. La sensibilidad social del estado está anestesiada por la burocracia, por los intereses personales. Entonces los escritorios de esas instancias democráticas tienen oídos sordos al clamor de la gente.

T.L.: Los gobernantes en general se profesan católicos. Y la iglesia católica los asiste en los actos públicos. En todas esas deficiencias que vos señalas ¿no hay también una responsabilidad y una deuda de la iglesia en cuanto a la formación de los laicos que puedan ocupar roles políticos?

H.S.: La responsabilidad es total. Tenemos que admitir como iglesia que no sólo hemos descuidado la formación en la conciencia política sino que hasta la hemos visto como peligrosa en más de una oportunidad. Como iglesia hemos sido víctimas de una filosofía liberal que había convencido a la sociedad que una cosa es la religión y otra es la vida. Y que la iglesia debía ocuparse de los ámbitos sacristanezcos. No sé si por una actitud de comodidad pero la iglesia terminó aceptando en la práctica esa situación de divorcio entre el terreno social y el terreno religioso. La gente incluso cuando un sacerdote habla reclamando por una situación

social, rápido llegaba al pensamiento: "se está metiendo en política". Y ese error tiene también su causa en una negligencia de la iglesia. La iglesia debe estar predispuesta siempre a formar desde el evangelio a las personas en lo político, en lo económico, en lo social.

T.L.: Vos has tenido una experiencia de participación en el conflicto de los cerveceros que mantuvieron ocupada la fábrica varios meses, qué evaluación has hecho de esa participación y de ese conflicto?

H.S.: En relación al rol que jugó la parroquia en el conflicto cervecero, la respuesta es rápida. Si uno tiene conciencia que el Evangelio no puede disociarse con lo que pasa en la realidad social, la parroquia tenía, sí o sí, que involucrarse en un conflicto donde los seres humanos que lo sufrían eran parte de la comunidad, tanto parroquial como barrial. No podía estar ausente si es que partimos de esa concepción de iglesia. Por eso es que no ha sido nada anormal ni extraordinario, sino lo más natural el hecho de que la comunidad parroquial estuviera presente en un conflicto que dolía a la vecindad. En relación a cómo concluyó el conflicto. Insisto en que Córdoba es un eco nativo de un proceso de globalización. Y ese proceso es medularmente economicista. Por ejemplo es más importante un ministro de economía que un ministro de gobierno. Todo hace pensar que en esta globalización son más importantes las multinacionales que los estados nacionales. Y se puede concluir que el poder económico es el que controla al poder político. Córdoba ha sido un referente visible de esa realidad mundial. En el conflicto de la cervecería concurren muchos factores de poder: el poder económico, representando en la multinacional con sede en Chile; el poder político, con el gobierno de Mestre y el poder judicial,

con el Juez Tales y el Síndico. Tanto el poder judicial como el político no se movieron de entrada como enemigos de los trabajadores. Incluso creo que la improlijidad del pliego -y quiero ser bien intencionado- pudo haber sido una equivocación a propósito del juez para darle posibilidades a los trabajadores para ingresar en el contrato. Creo que el gobernador Mestre no ha querido ser omnipotente y arrasador contra la clase trabajadora. Pero es muy curioso que cuando volvió de Chile se produjo el desalojo compulsivo de la cervecería. Qué quiero decir? Hubo una última pulseada entre el poder económico y el poder político. Los resultados demuestran que esa pulseada la ganó el poder económico. Y que en el proceso de globalización el poder

"... hay una voluntad de que la iglesia de Córdoba sea una iglesia de los pobres para poder responder a lo que Jesús ha querido de la iglesia. Esto se convierte en un desafío porque uno puede ser iglesia de los pobres por declamación pero eso sería mentir y mentirse a sí mismo".

económico es el que tiene la última palabra. En todo este juego de poderes, lamentablemente las víctimas son los inocentes, tal es el caso de los trabajadores de la cervecería Córdoba. Las dirigencias políticas a veces son muy autoritarias contra el pueblo y muy sumisos y calladitos con el poder económico. Eso fue lo que analicé los días posteriores a la expulsión compulsiva de los trabajadores. Tuve el sabor amargo de mirar con mis propios ojos cómo el poder económico era el que tenía la última expresión. Sin embargo yo creo en Dios y sé que

a la larga o a la corta es Dios el que tiene la última palabra. Alguno dirá que eso es un escape psicológico. No lo veo así. Es la expresión de un creyente, convencido de que será Dios el que se expresará finalmente. Por lo tanto el amor, la verdad y la justicia será la última palabra. Por eso no creo en los brazos caídos y menos de aquellos que supuestamente están derrotados.

T.L.: ¿Cuál será la postura de la iglesia cordobesa ante el nuevo gobierno justicialista en la provincia? ¿Cómo ubicarías a la pastoral social en relación al gobierno?

H.S.: Primero hay que decir que la situación que vivimos los cordobeses no escapa a la responsabilidad del justicialismo que gobierna a nivel nacional desde hace rato. Segundo, es honesto dejar actuar al nuevo gobierno para luego tener una definición sobre lo que se está haciendo. Por lo tanto, como pastoral social compartimos la expectativa que se produce en el pueblo sobre la posibilidad de nuevas decisiones. Esa expectativa no debe confundirse con la credulidad o la ingenuidad. Simplemente expectativa. Es lo que tiene la gente en estos primeros días. También por eso de que la esperanza es lo último que se pierde.

T.L.: Desde tu parroquia has impulsado el acompañamiento a la temática indígena, cuál es tu visión del tema? ¿No es una causa perdida?

H.S.: Hace un rato te dije que no creo en los brazos caídos de los supuestamente derrotados. El tema de lo aborigen no ha sido impulsado tanto desde la parroquia, sino desde una Institución que no es confesional y que está coordinada por gente que desciende de aborígenes.

T.L.: Esto es por la propia identidad religiosa de los aborígenes?

H.S.: El hecho de que yo sea sacerdote en el Instituto de Cultura Aborigen es totalmente circunstancial. No para mí, que es existencial. Sino para el Instituto. Sin duda que las culturas aborígenes no responden al unísono a la fe católica. Además las comunidades están dolidas con la actuación de la iglesia católica en estos cinco siglos. Hay un dolor que a mí se me duplica por mi condición de creyente.

T.L.: Lo han sufrido como la imposición de otra religión?

H.S.: Sí. Son las falencias de la primera evangelización. Lo que el Papa habla de las sombras. Creo que una de las sombras ha sido el sacramentalismo, la imposición. Cuando uno analiza la evangelización de los pueblos aborígenes debe admitir que hay falencias totales porque en aquellos pueblos donde el cristianismo ha entrado, ha ingresado en forma sincretista. Y el sincretismo, cuando uno lo mira desde las culturas, es una forma de resistirse a la cultura foránea. Todo sincretismo no deja de ser una resistencia de la cultura invadida. En relación a si es una causa perdida, recuerdo a un profesor con cierta formación nazi que solía decir a sus alumnos que el error que habían cometido los españoles era haber dejado un indio vivo. Y yo coincidí con ese profesor. El error fue haber dejado algunos vivos. Por eso no es una causa perdida. No sé si me explico. Hay una Argentina indígena, minoría, que las democracias corporativas desprecian.

T.L.: Cuales son los ejes de la causa aborigen?

H.S.: No ser asimilados, no ser integrados a la sociedad sino que se los respeten y se los deje participar desde sus propias culturas. Este es un clamor de todas las comunidades aborígenes. Como dice Luisa Calcumil, no pedimos que nos den una mano, sino que nos saquen las manos de encima. Ese es el deseo de las comunidades. Participar desde las propias culturas en la sociedad cibernética, en la sociedad industrial, en la sociedad posmoderna. Para eso es necesario el reconocimiento de ciertos derechos, el fundamental, a la tierra. Hay que recordar que las comunidades aborígenes son no sólo preconstituyentes, sino prehispánicas, preestado. Y no sólo es la tierra, sino el territorio, es decir todo lo que es la vida misma.

T.L.: Angelelli sigue siendo un mártir prohibido en Córdoba?

H.S.: Sí, sin duda. De hecho al cuestionarse tanto su martirio y fomentarse tanto lo de "accidente". Pero yo miro con esperanza el presente y el futuro, en relación a Mons. Angelelli, un obispo que admiré y admiro, porque para mí ha sido un sacerdote ejemplar en el cual tengo puesta mi referencia como sacerdote. No dejo de verlo a él como un referente que me alienta en mi sacerdocio. Creo que de a poquito está siendo recuperado y esto tiene que ver con eso de que la verdad tiene la última palabra. Angelelli va ganando, como verdad que es, el lugar que le corresponde. Y a esto lo he conversado no sólo con sectores como los de Tiempo Latinoamericano, donde su opción fue decidida desde el principio, sino que en mi participación con sectores más tradicionales puedo constatar también hay una valoración del Obispo Angelelli. Por último, lo miro a Mons. Angelelli como un aliciente muy concreto del ser sacerdote hoy. Y creo que nadie podría bochar este referente.

Luis Miguel Baronetto

Estudio Jurídico Abogados

Camel Rubén Layún - Oscar
Luque Fernando Farías - Gabriel

Especialmente Asuntos Laborales
Atendemos en Capital Federal y
Gran Buenos Aires

Arturo M. Bas 40 Paraná 557 3er.
P.B. Dpto. 4 P. Dpto. "C"
Telefax 4-251666 T.E. 011-4-374-1340
Córdoba Buenos Aires